

CUENCA: LA CIUDAD MODELADA POR EL AGUA Y EL HOMBRE

Joaquín Saúl García Marchante

Universidad de Castilla-La Mancha

RESUMEN

Para entender mejor la originalidad del emplazamiento de la ciudad de Cuenca es preciso conocer la historia geológica de su territorio inmediato y la acción de las aguas, representadas esencialmente en los ríos Júcar y Huécar que junto al afán de sus moradores a lo largo de un milenio ha resultado un espacio urbano de original belleza que han merecido la calificación por la UNESCO de Ciudad Patrimonio de la Humanidad.

Palabras clave: emplazamiento, original belleza, ciudad patrimonio.

ABSTRACT

In order to better understand the location originally of the city of Cuenca it is precise to know the geological history of its surrounding territory and the action of the waters, which are represented essentially by the rivers Júcar and Huécar. This process along with the zeal of its inhabitants during centuries has turned out Cuenca into an urban space of original beauty that has deserved the incorporation inside the list of World Heritage Sites in 1996 by the UNESCO.

Key words: Location, original beauty, World heritage site.

1. LOS ANTECEDENTES GEOLÓGICOS

Durante los tiempos del secundario el mar llegó hasta las tierras de Cueva del Hierro, Beteta y Masegosa, al norte de la provincia y quedaron sumergidos bajo las aguas todos los terrenos de la orogenia hercínica situados al este y sur de aquel promontorio ibérico.

Fecha de recepción: 11 de noviembre de 2003.

Fecha de aceptación: 15 de diciembre de 2003.

Departamento de Geografía y Ordenación del Territorio, Universidad de Castilla-La Mancha, Avda. de los Alfares, 44. 16071 CUENCA (España). E-mail: joaquinsaul.garcia@uclm.es

Es a partir de entonces cuando retrocede el mar y deja al descubierto todos los materiales depositados en un fondo poco profundo.

Los terrenos jurásicos de la Serranía son la mejor prueba de la presencia de las aguas del mar en esta zona durante la transgresión marina secundaria, ya que presentan abundantes restos de animales marinos que son referidos en las cartas geológicas y buscados por grupos de estudiantes de Ciencias Naturales y Geografía acompañados por sus profesores.

Las rocas allí formadas han sufrido las consecuencias de la posterior orogenia, la alpina o terciaria, ya de menor incidencia que la anterior, lo que ha permitido que estos espacios conserven su carácter sedimentario, presentándose en sucesión concordante sus estratos a modo de cobertera horizontal dejados caer sobre los materiales paleozoicos (Meléndez Hevia, F. 1973).

En este mundo secundario están presentes las rocas más representativas de los tres periodos característicos, triásico, jurásico y cretácico, cuya simbiosis explica el paisaje actual de estas tierras que sin interrupción se extienden hasta la ciudad de Cuenca.

2. LA IMPORTANCIA DEL MODELADO CÁRSTICO

No quedaría completa la descripción del marco físico sobre el que se asienta la ciudad de Cuenca y sus alrededores e incluso del conjunto de la Serranía, sin hacer referencia a la importancia del agua en la configuración de las formas del roquedo y en la peculiar fisonomía topográfica que desarrolla.

Por la composición química de las rocas (caliza y dolomía principalmente) y su disposición horizontal ya explicada, la acción del agua de lluvia crea en ella unas formas características (relieve cárstico) que en la Ciudad Encantada resultan los famosos *tormos* y *setas* como consecuencia de una mayor dureza de la capa superior del estrato calizo y la menor resistencia a la erosión de la dolomía pura (García, J.S. y Fernández, M^a.C., 1999). El mismo proceso en la mesa de Los Palancares, con características químicas de la roca algo diferentes y en casi perfecta horizontalidad, constituye un importante *torcal* desarrollando formas que profundizan hasta alcanzar el nivel arcilloso donde se detiene el proceso de disolución.

Pero la acción del agua no se detiene aquí y una vez en superficie inicia su recorrido camino del mar. Después de crear toda una jerarquía de cursos de agua de menor a mayor, esta se configura en una corriente importante que ejerce una labor de desgaste por donde va pasando. Cuando se adentra en un territorio masivo aprovechando las fisuras del roquedo, desarrolla un proceso de disolución de arriba abajo y en el sentido de su marcha, en función, entre otros, de la dureza de la roca, de la pendiente y del caudal de agua que aporte.

Tres son los cursos de agua que llegan a la ciudad de Cuenca, además de los arroyos y fuentes que se unen a estos en sus proximidades, algunos de importante acción erosiva, como el arroyo Bonilla, en la antesala del cerro de San Cristóbal, y otros de gran trascendencia social, como el manantial de la Cueva del Fraile, surgencia básica para

el abastecimiento a la ciudad desde tiempos históricos, tema de singular interés para su investigación.

El río Moscas que aprovecha una flexión entre Los Palancares y los altos de la Tórdiga y discurre tranquilo camino de Cuenca por un amplio valle hasta unirse al Júcar en el Terminillo. Su trabajo de desgaste ha sido poco significativo y se ha concretado en vaciar la depresión de Fuentes de materiales blandos procedentes de la denudación de los relieves próximos. José de Villaviciosa le inmortalizó en La Mosquea.

Los ríos Júcar y Huécar son los verdaderos protagonistas de la excepcional configuración del emplazamiento de Cuenca. La fuente que nace de la mesa de Los Palancares, algo más allá del pueblo de Palomera, ha labrado un imponente cañón de una docena de kilómetros de longitud hasta su desembocadura en el río principal. Para lograrlo tuvo que tajar los materiales cretácicos interpuestos entre ambos, aprovechando fisuras, flexiones, pendiente, fallas locales y la desigual dureza de la roca.

El resultado es una preciosa hoz con hermosos rincones, con un rosario de fuentes que forman parte del acervo cultural de las gentes que desde Palomera hasta Cuenca la han ocupado y vivido desde el siglo X hasta hoy. Las razones de su nacimiento (surgencia cárstica y la naturaleza del roquedo) siguen vigentes en la actualidad y de igual modo que apareció en superficie un día, puede desaparecer en profundidad cualquier otro. De hecho, en el último tramo de su curso pierde gran parte de su caudal que se incorpora de nuevo a las galerías subterráneas de donde procedía, es como volver al punto de partida.

Los recodos del camino que el río ha trazado, ofrecen delicados rincones de gran belleza, agrestes unos, suaves otros, salpicados de pequeños huertos que aprovechan los escuetos espacios libres para desarrollar una agricultura de filigrana por la escasez del terreno y la dureza del clima. Los hortelanos de la hoz del Huécar son los herederos de aquellos primeros habitantes de la ciudad, seguramente musulmanes, que labraron la roca, peldaño a peldaño, para acceder desde las alturas fortificadas a la fértil hoz y poner en práctica sus conocimientos en el gobierno del agua.

La vegetación natural y la aportada por tantos años de presencia del hombre en este lugar tapizan las aristas de las rocas, dejando al descubierto solo sus formas curvas de colores amarillos, oro, grises y negruzcos que relatan el tiempo geológico que la dolomía lleva a la intemperie.

Palomera, Molinos de Papel, el Panteón de La Cuba y Clemente, los agostaderos de la Cueva del Fraile, son asentamientos consolidados en un espacio privilegiado, compartido con numerosas pequeñas casas aisladas de fisonomía rural a lo largo de la hoz y que reciben el nombre de *hocinos*.

El río Júcar desempeña un papel más relevante si cabe en la contribución al emplazamiento urbano de aquello que inicialmente pudo llamarse Qunka y que sería una ciudad-fortaleza bereber (Ibáñez, 1999, p. 14). Como su afluente, ha labrado un cañón de menor longitud pero igualmente espectacular, «Es un espléndido tajo de cinco kilómetros de longitud —el tramo de más belleza— por cuyo fondo serpentean las aguas verdes inconfundibles, producto de la impregnación de sustancias vegetales en los tramos altos del mismo. En su esfuerzo erosivo el río ha fabricado numerosos remansos donde se reflejan las viejas construcciones del barrio de San Juan y se pueden distinguir la silueta de la graciosa iglesia de San Miguel y el edificio con la torre de San Pedro, ya junto a

los restos del castillo, cuando la ciudad se eleva y el río se ensancha. Los frecuentes desprendimientos producidos en los acantilados dolomíticos de la hoz han depositado en el fondo del río grandes bloques de roca que se interponen a la corriente y forman parte del paisaje fluvial, provocando pequeños rápidos y tranquilas tablas que hacen las delicias de los numerosos pescadores, de todas las edades que en sus inmediaciones se afanan para sacar hermosos ejemplares de truchas. Uno de estos remansos recibe el nombre de Recreo Peral donde junto a la fuente del Abanico se juega a los bolos castellanos, a la sombra de espléndidos sauces que caen sobre el agua del río y donde se puede tomar un descanso contemplando un paraje envuelto en diferentes tonos de verde.

A lo largo del trayecto se aprecia una vegetación exuberante, en la que predominan los árboles de ribera, sauces, avellanos, álamos, chopos, los arbustos prendidos a cualquier vestigio de humedad, junto a un abrigo de la roca desprendida del cantil, al pie de un regato de agua que fluye de la masa caliza circundante y que tiene nombre propio (fuente de ...Martín Alaja, la Peña del Ventorro, del Rey, del Batán, de la cuesta de San Juan). Son el matorral y el herbazal las formaciones vegetales más completas y complejas que conforman un mosaico de vegetación que ha merecido rigurosos estudios botánicos (Piñas, 1995).

La hoz del Júcar ha sido tradicionalmente el camino hacia la Serranía, de a pie o de herradura por lo angosto de su entalladura, abierto en tiempos recientes, cuando razones económicas obligaron a ello. Pero también ha sido la puerta de entrada de su histórica riqueza maderera, antes por agua —las maderadas— más tarde por caminos de carretas estrechos y tortuosos, y en la actualidad por la carretera que se ajusta a la margen derecha del río; porque en la izquierda estaban en otros tiempos las desaparecida huertas y los batanes, más modernamente las centrales eléctricas y siempre las fuentes, la vegetación y el agua.» (García, J.S. y Fernández, M^a.C., 1999, pp. 12-14).

El río Júcar es además el hilo conductor de la vida en la Serranía de Cuenca y pone en contacto a este territorio con su tutela y cabeza administrativa que es la ciudad. «Como consecuencia de su propia historia, la misma para todos, las gentes de estos espacios serranos ven en Cuenca algo más que la capital de su provincia. Con luces y sombras en los más de ocho siglos transcurridos, la ciudad, puerta y broche de oro de ese territorio, *gran parque temático natural* ha ejercido una protección de hermano mayor de los ayuntamientos de la Serranía» (García Marchante, J.S., 2001, p. 46).

3. EL EMPLAZAMIENTO

Cuando en la historia geológica de estas tierras se produce el retroceso del mar, la elevación del relieve como efecto último del movimiento alpino y el encajamiento de la red fluvial actual, es el momento en el que los ríos Júcar y Huécar inician la tarea de preparar el emplazamiento para la ciudad. Han excavado sus profundos tajos y vaciado de materiales el trecho que enlazaría el anticlinal de Bascañana con la mesa de Palancares.

Contemplando la ciudad desde la nueva perspectiva, excepcional, que proporciona el trazado del cinturón externo de comunicaciones al pie de la sierra del Bosque o Abengozar (1.091 metros de altitud), vemos que falta toda la materia que uniría al popular barrio de San Antón con el promontorio del cerro del Socorro. Esos materiales han sido depositados

por el río Júcar en el valle sinclinal que en la actualidad está ocupando la ciudad en su expansión (el Sotillo, el Terminillo, la Cerrajera, las Cañadillas, la Grillera).

Ambas alturas son similares (1.143 y 1.165 metros respectivamente), lo que confirma la existencia de un mismo perfil de todos estos terrenos alrededor de Cuenca. La tercera altura que completa el conjunto del emplazamiento urbano (San Cristóbal, 1.175 m.), donde se origina el promontorio que desciende hacia los ríos, fue la elegida para colgar la ciudad. Precisamente desde sus aledaños, actual emplazamiento del barrio del Castillo, se consumó la toma de la ciudad por las milicias cristianas a los musulmanes en 1177.

Se aprecia el original emplazamiento de la ciudad sobre este espolón cretácico al que se accede visual y topográficamente por los tajos que los ríos han abierto. «Desde este resalte entre ambas hoces se derrama el caserío como un manto que cae, extendiéndose sobre el valle, como si se tratara de un material plástico que va rellenando todos sus huecos.» (García Marchante, J.S., 2001, p. 48).

Odón de Buen dijo «Cuenca vista desde abajo, tiene algo de pirámide y de acrópolis». Esa es la sensación que transmite el conjunto al ser contemplado desde fuera, desde el oeste, todavía alejados de ella.

Miguel Aguiló al presentar la ciudad como un lugar para la convivencia, escribe «algunas ciudades tienen un emplazamiento tan sobresaliente que condiciona su desarrollo y se adueña por completo de su imagen. En una especie de constante histórica, las excepcionales características de lo natural atraen la voluntad de construir allí, como medio de adueñarse de aquel paisaje, de poseer algo que se reconoce como único. Con el tiempo, esos emplazamientos insólitos acaparan la atención y monopolizan el discurso sobre el lugar, de forma que lo construido es percibido como subsidiario de lo que verdaderamente importa, el accidente natural que atrajo el asentamiento... La cultura de lo pintoresco es, en gran parte, responsable de este proceso que hace a algunas ciudades prisioneras de su paisaje». (Aguiló, M., 1999, pp. 221-223).

Ciertamente, en el devenir histórico de Cuenca ha pesado mucho su dependencia topográfica y, claro está, la ciudad podía haberse desarrollado de nuevo y con más ímpetu en el llano, sin abandonar su imagen histórica. Inercias de índole local, como plantea Aguiló sin duda han existido, pero también han intervenido factores externos y cambios de ciclo económico en el momento menos oportuno.

La geógrafa Josefina Gómez Mendoza en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, defendió la necesidad de que el medio urbano tenga más en cuenta su entorno, resaltando que una de las condiciones de la calidad de vida y de los espacios públicos es el contacto con la naturaleza y que hay que recuperar más la naturaleza y los procesos naturales, utilizar mejor la topografía y los recursos del medio ambiente y en definitiva artificializar menos la ciudad y el entorno para no perder su singularidad.

Existen numerosas referencias a su emplazamiento como valor natural estético y estratégico expresadas por personajes cultos que en todas las épocas se han acercado a la ciudad. Así, desde los primeros cronistas árabes —Saib Al Sala, El Edrisi— hasta los actuales, pasando por los viajeros románticos de los siglos XVIII y XIX, se ha escrito en diferentes estilos y enfoques. De igual modo, la ciudad ha quedado pintada y dibujada con profusión, desde los trabajos de Wingaerde en 1563 (Ibáñez, 2003) y de Juan de

Llanos y Masa en 1773 a los de Saura, Torner y Zöbel que han difundido su imagen por el mundo.

Pío Baroja escribió: «Se levanta sobre un cerro, domina la llanura y se defiende por dos precipicios, en cuyo fondo corren los ríos, el Júcar y el Huécar». La idea de defensa y control del territorio siempre aparece en el origen de la ciudad, Troitiño justifica su origen por «su situación en las rutas estratégicas entre La Mancha y el valle del Ebro» (Troitiño, M.A., 1984, p. 12).

Almagro Gorbea fue el excavador de los restos musulmanes de la zona del castillo y dató las construcciones musulmanas en la segunda mitad del IX y principios del X. Era una ciudad sin arrabal y toda ella estaba comprendida dentro del recinto urbano primitivo. Después de la conquista, la ciudad experimenta un importante crecimiento demográfico que obliga a ampliar el espacio urbano ciñéndose a la topografía de tal modo que configuró el paisaje urbano que conocemos en la actualidad y que ha sido tan glosado.

Gustavo Torner califica a esta visión de «topografía vestida de ciudad» al desparrarse el caserío desde los crestones cretácicos hasta el valle. «El tejido urbano se adapta a la topografía como un vestido a un cuerpo».

Torrente Ballester tuvo en cuenta el aspecto defensivo cuando escribió: «Cuenca es indescriptible... Los que hicieron a Cuenca la asentaron sobre el cerro pino, contorsionado, embutido entre hoces, porque era fácil de defender...».

Alejo Carpentier la describe así: «Imaginad un enorme peñón de roca rodeado de precipicios que forman una réplica perfecta del Gran Cañón del Colorado». «En el fondo de esta gigantesca arruga geológica, corren mansamente el Júcar y el Huécar. En los bordes superiores del cañón las erosiones milenarias han tallado una galería de esculturas alucinantes, estatuas de piedra de sesenta a cien metros de alto, con figuras de hongos, de naves, de reptiles. Hay rostros semejantes a los que pueblan la isla de Pascua». No es exclusivo de la ciudad este emplazamiento, pero sí coincide aquí un elemento que aporta mayor originalidad al mismo, es la presencia de la roca caliza dolomítica. Las formas fantasmagóricas a que hace referencia Carpentier y otros muchos que han escrito sobre la ciudad y su entorno están labradas en ella.

José María Cuadrado en 1886 la describió así: «Nunca obtuvo ciudad alguna una situación más original y pintoresca. Dominada a la vez y dominante, ocupa la pendiente de una loma entre los profundos cauces de dos ríos que al pie de ella se juntan. Por ambos lados, las cortadas y sinuosas breñas, el murmullo solemne de los ríos, los risueños puentes, los frondosos árboles, los templos y las casas suspendidas a enorme altura sobre la roca o sobre colosales estribos, la variedad de balcones y azoteas, comunican a sus angostos pasos singular encanto» (Cuadrado, 1978).

Todo este conjunto de descripciones llenas de adjetivos, responden a la sensación experimentada por sus autores al contemplar la ciudad en su conjunto, maciza, empotrada en el escenario natural donde está instalada. Una de las razones que justifican estas impresiones sublimes es la permanencia a lo largo del tiempo del perfil original de la ciudad que no tiene obstáculo visual que altere su contemplación desde cualquier observatorio.

El arquitecto conquense Julio Cano Laso recuerda en su descripción de la ciudad la presencia del mar secundario con esta descripción «Cuenca parece un alto navío embarancado entre cerros, con su castillo y afilada proa apuntando a la montaña, y la Alcazaba,

como otro gran castillo de popa dominando el llano. La ciudad antigua ocupa un estrecho espolón rocoso entre las hoces del Júcar y el Huécar». (Cano Laso, J., 1985, p. 103).

4. EL MODELADO URBANO

Aunque el espacio natural proporcionó el sitio para el emplazamiento de la ciudad, han sido los hombres que la han habitado los que «en siglos de historia, de afanes y trabajo, sueños y pensamientos, han hecho del medio natural paisaje de cultura» (Terán, M. de, 1978, pp. 1-13). La interconexión entre los elementos físicos y humanos propiciará desde el primer momento, la singular personalidad de la fisonomía urbana que ha sorprendido siempre a sus visitantes.

«El caserío del casco se encuentra perfectamente adaptado a la topografía y ofrece variedad de formas y de volúmenes que reproducen las curvas de nivel. Unas veces se acomoda a los precipicios que lo sustentan y los edificios se elevan colgados en el vacío de tal forma que presentan dos fachadas con distintas alturas como ocurre en el barrio de San Martín, y otras la angostura del terreno y la perpendicularidad del acantilado obligan a buscar los cimientos a gran profundidad, como en el convento de las Carmelitas», (Fernández, M^a.C., 1995 pp. 365-370).

«La arquitectura conquense es muy sobria en los exteriores y carece generalmente de buenos materiales, lo que ha perjudicado su conservación, pero la compensa con otras cualidades nada desdeñables. Son estas, por un lado su disposición escenográfica a veces espectacular; por otro, su sabia adecuación a una topografía difícil. Casas y monumentos se acomodan a los precipicios que los sustentan, metamorfoseándose con frecuencia en verdaderos alardes constructivos y exhibiendo dos fachadas radicalmente disímiles en su altura.» (Ibáñez, 1997, p. 11).

A lo largo del tiempo se utilizaron los materiales existentes en el entorno, *la madera* de los montes para los entramados de los paramentos del suelo, cubiertas y balconadas situadas en las traseras de los edificios, *la piedra (caliza)* de mampostería para los pocos edificios que presentan silliería, y *los yesos* para los revocos. De su mezcla con *las arcillas* y *margas* que tapizan el fondo de la ciudad llana, han resultado las llamativas pigmentaciones verdes, grises, variados tonos de ocre, amarillos... que colorean las fachadas del eje principal de las calles Andrés de Cabrera y Alfonso VIII y de la plaza Mayor.

Durante la Edad Media la ciudad se va consolidando por la prosperidad de la industria lanera que proporciona importantes beneficios, incremento de población y la realización de importantes modificaciones urbanas surgiendo nuevos edificios civiles y eclesiásticos, ampliándose el casco urbano que alcanza los límites del río Huécar, ya en el contacto con el valle.

Surgen entonces los barrios extramuros de San Antón y Tiradores y se consolida Carretería como espacio residencial de la burguesía conquense. El nuevo tejido urbano es diferente al de la Cuenca antigua; pero los barrios populares históricos, de autoconstrucción, al tener que adaptarse a la topografía, consiguen también cierta singularidad.

La construcción de la vivienda popular, adaptada a la difícil topografía se ha visto obligada a diseñar sobre parcelas estrechas y alargadas, una tipología constructiva tan original que es uno de los elementos más llamativos del conjunto urbano de la Cuenca

antigua. Sobre la cimentación sólida del roquedo presente, se han levantado los edificios entre medianerías, verdaderos *rascacielos* en el barrio de San Martín, cuyas fachadas principales de la calle Alfonso VIII presentan tres o cuatro alturas y hasta ocho en la cornisa del río Huécar, con la particularidad del reiterado vuelo de cada piso sobre el inmediato inferior (Alonso, 2003).

Jean Francoise Peyron (1772) en su visita a la ciudad escribió: «(...) esos nidos de águilas que forman la ciudad de Cuenca. He visto pocas situaciones más pintorescas y más sorprendentes... Una ciudad construida sobre una roca desnuda y muy elevada, dominada por montañas más escarpadas todavía. Las casas son sorprendentes y su entrada está, por decirlo así, sobre el tejado de las inmediatas y, en fin, dos ríos que se juntan y hacen nacer la abundancia, la satisfacción y el verdor... plantadas sus orillas de grandes árboles que forman un paseo encantador.» (Peyrón, 1782).

Antonio Ponz (1773) durante su detenida visita a la ciudad, cuando se refiere a lo accidentado de su emplazamiento, dice así: «(...) la ciudad de Cuenca tiene su asiento en un gran cerro entre dos mucho más altos que él, de los cuales le separan dos grandísimas profundidades, por donde pasan los ríos Júcar y Huécar; que desde la raíz del cerro empiezan las murallas de la ciudad, y acaban en una altura extraordinaria; que para trepar por sus calles, particularmente por algunas, es menester poco menos que tirarle a uno con garruchas, y, a veces, han reventado las caballerías, según me han asegurado, si después de haber hecho su jornada regular, las han obligado sin descargarlas a subir a lo alto de la ciudad. A la posada, (...) con estar no muy adentro, procuré yo llegar con paso muy quedo, así por compasión del caballo en que iba, como porque no me estrellase, que también para esto es abonado, y no poco, el piso de Cuenca» (Ponz, 1988).

El accidentado y tortuoso trazado de las calles y el mal estado del empedrado de las mismas no era solo preocupación puntual del ilustrado Ponz, sino que también lo era del Concejo que discutía continuamente de este asunto, especialmente referido a su eje principal Alfonso VIII, entonces calle de la Cárcel. El recién llegado Corregidor opinaba así: «Le era constante lo impracticables que se hallaban las calles por el atraso de sus empedrados y, por consiguiente, por ello, antigüedad destos y eminencia de sus cuestras, imposibles sus tránsitos para personas que no fuesen de robusta salud y agilidad, y que, atento a lo cual, tenía pensado la composición de dichas calles, fincando la mayor mira en la principal, que la gobierna a la ciudad, a fin de que, sin el riesgo y el detrimento que se padece por el vecindario, se hiciese transitable y pudiesen correr los carruajes y coches, (...)», (Jiménez Monteserín, 1983, p. 64).

5. RECORRER LA CIUDAD

El viajero que llega a Cuenca contempla el conjunto urbano de la ciudad histórica antes de entrar en ella, su emplazamiento en altura y su posterior derrame hacia el fondo de las hoces y el llano lo propician, lo que no ocurre con el resto de la trama urbana correspondiente al crecimiento del XX.

Desde los caminos que llegan por el este, oeste y sur se obtiene una visión distinta en cada caso, en los dos primeros queda oculta por los dos obstáculos correspondientes a los cerros de Rey del Socorro y la Majestad y por el sur, desde el portillo abierto para la carre-

tera de La Mancha en el tramo más meridional de la sierra del Bosque, el popularmente conocido como puente de la Sierra se observa, a lo lejos, parte de la fachada de la hoz del Huécar, destacando la fábrica del edificio de la Inquisición y el barrio del Castillo.

Para acercarse más y contemplar de cerca su conjunto es preciso utilizar los excelentes observatorios que ofrecen sus alrededores buscando por los tortuosos caminos y sendas que recorren los espacios aledaños. Alguno de ellos ya ha desaparecido, como el cerrillo de San Agustín, en las traseras de Carretería.

La fachada urbana que ofrece la hoz del Huécar, por ser la más accesible utilizando el camino de acceso a San Pablo, es la más conocida y difundida. El magnífico observatorio del cerro del Socorro al que se accede a pié por la cueva de la Zarza o por un camino agrícola alejado de este punto y en la actualidad en buen estado, permite la mejor visión de conjunto de la ciudad, colocada sobre los grandes lienzos de dolomía, con los edificios por encima de los resaltes redondeados completando una imagen rotunda de compacidad, de muralla, agreste, quizá militar.

La escotadura del puente del Pórtland divide la fachada en dos espacios urbanos claramente diferenciados. Desde la puerta de Valencia con los restos del convento de las Hermanas Bernardas y de la iglesia de San Gil hasta el popular barrio de San Martín. Sus fachadas dispuestas en equilibrio paralelo, apoyadas unas con otras, han cosido sus entramados y aseguran su estabilidad, transmitiendo al espectador la duda y por tanto la zozobra de que un inesperado desequilibrio lleve al conjunto al fondo del río.

El segundo tramo de la fachada es más agreste, donde los edificios surgen de la roca, como si de esculturas se tratara. Es la fachada monumental, las casas colgadas, la catedral y el palacio episcopal, los restos de la residencia de los Albornoz, el antiguo convento de Las Carmelitas, el edificio que fue de la Inquisición y el castillo.

Sobre las casas colgadas, Feduchi ha escrito: «llevan al límite la verticalidad hasta formar el conjunto de sus fachadas, nuevas hoces aún más impresionantes que las creadas por la naturaleza sobre las que se asientan. Su originalidad consiste en el reiterado vuelo de cada piso sobre el inmediato inferior, constituyendo la más original y valiosa aportación conculse al tema de la arquitectura popular» (Feduchi, L. 1984).

Otros elementos construidos, menos vistosos, aportan encanto a estos espacios integrados por el cantil, el caserío y el río. Son los *hocinos*, denominación que reciben tanto los pequeños huertos situados en reducidas mesetas intermedias, como las pequeñas construcciones asentadas al pié de los escarpes calizos.

La fachada oeste en la Hoz del Júcar presenta una ocupación urbana diferente, quedando al descubierto el talud dolomítico que forma el tajo junto al río. Cuando este retrocede, la ciudad lo ocupa, algo distanciada, en altura y quedan plataformas y terrazas en resalte que confieren diversidad paisajística a esta vista. No por menos atractiva y pintoresca, es menos conocida, quizá por la dificultad de su contemplación a distancia.

Se hace necesario acceder por el camino que lleva a la ermita de San Julián el Tranquilo para contemplarla con toda intensidad. El perfil que presenta la hoz debido a la diferente intensidad de la erosión en los materiales que la integran, es el de un graderío dispuesto frente a la ciudad para su mejor disfrute. Desde allí se aprecia la integración en la fachada de sencillos edificios residenciales apoyados en la curva de nivel que cae al río y que forman la margen derecha de la antiguamente llamada calle Ancha.

A continuación y en altura aparecen la torre de Mangana, el edificio del Seminario, el convento e iglesia de la Merced, parte de la fachada de la Catedral, el barrio y la iglesia de San Miguel apoyada sobre restos de la muralla, la iglesia de San Nicolás, la cúpula de San Pedro y el santuario de las Angustias.

Salpicando los espacios intermedios existen pequeñas terrazas, actualmente nuevos miradores que en otras épocas estuvieron ocupados por viviendas humildes que macizaban el espacio y que el paso del tiempo y la desidia han forzado a la renovación urbana que ha propiciado huecos en el tejido urbano actual. Otra cosa es la tupida vegetación que desde el río cubre y tapiza las piedras desnudas.

Cierran el conjunto estético los árboles de ribera, los chopos del Júcar, sauces, álamos, tan ponderados por los amantes de la poesía, de la reflexión y de la abstracción, especialmente en otoño «(...) el oro delgado de los chopos» (VV.AA., 2000). Hasta los desplomes del cantil depositados en el lecho del río tienen belleza y nombre propio (Piedra del Caballo).

Cuenca vista desde el sur se nos muestra tal como han relatado diferentes observadores clásicos y contemporáneos, tiene forma piramidal, que se presenta ocupando rotundamente el espacio y que parece un deslizamiento en manto de los elementos construidos hacia los ríos, especialmente el Huécar que la contornea en ese punto cardinal y que en otro tiempo marcó el límite entre lo rural y lo urbano junto a la cerca medieval y las huertas de las Callejuelas y de la Albuera.

Los observatorios más recomendados se establecen en el hospital de Santiago, en el punto más elevado de la calle Ramón y Cajal, al borde de lo que fuera otrora el Campo de San Francisco y desde la terraza de un conocido hotel situado en el parque de San Julián.

El conjunto del Hospital de Santiago, el barrio de San Antón y el de los Tiradores, son tres vestigios extramuros de la historia de la ciudad dignos de consideración paisajística y cultural y que quedan al margen de la protección especial del casco histórico.

La visión de la ciudad desde el barrio del Castillo es cronológica, es decir, atravesando sobre el foso por la puerta de los Bezudo, resto escueto de lo que fuera la fortaleza, empezamos un recorrido urbano por el primer recinto y tras descender por la calle noble de San Pedro, dejada atrás la plaza del Trabuco, llegaríamos al segundo recinto de la ciudad medieval, el antiguo Alcázar, donde Mangana es «(...) ni atalaya medieval, ni torre del desaparecido Alcázar, sino soporte del siglo XVI para el reloj de la ciudad, pulso su campana del tiempo laico de los quehaceres artesanos.» (Jiménez Monteserín, 1983, p. 103).

Elegido para el tránsito el eje Alfonso VIII-Andrés de Cabrera, llegamos al confín del último recinto amurallado urbano, el río Huécar, la cenefa de la calle de los Tintes y los restos de la muralla verdadera del cubo del Almudí y del edificio Palafox, quizá la transitada puerta de Huete.

En otro caso, el recorrido urbano se puede iniciar contra el reloj del tiempo, realizando el ascenso por la *senda principal* de la percepción geográfica, desde la Trinidad, Palafox, Andrés de Cabrera, Alfonso VIII, plaza Mayor, calle de San Pedro, plaza del Trabuco y Castillo. Desde allí se plantean *otras secundarias* como la ronda del Júcar, la ronda de Julián Romero, la que lleva al puente de San Pablo y las bajadas a las hoces.

Las confluencias de estas concluyen en *odos* como la plaza de la ciudad de Ronda, la del obispo Valero, la de la Merced, la Antepalza y la plaza Mayor. Nodos menores serán las plazuelas de los barrios (el Carmen, San Nicolás, entre otras).

Son *hitos* destacados sobre el perfil construido las torres de los campanarios de San Nicolás, San Miguel, San Gil, San Felipe, El Salvador, torre de Mangana, cúpula de San Pedro y el planetario del museo de las Ciencias.

Como últimos elementos descriptivos de este conjunto histórico los *bordes* son identificados con los dos niveles que presentan las hoces de los ríos, por un lado la dolomía erosionada, relacionada con el paisaje exterior, por otro, el nivel humanizado y construido que eleva el conjunto y que se relaciona con el paisaje interior.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILÓ, M. (1999): *El paisaje construido. Una aproximación a la idea de lugar*. Madrid. Ed. Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. Col. Ciencias, Humanidades e Ingeniería, nº 56.
- ALONSO VELASCO, J.M. (2003): *Plan especial de la ciudad alta de Cuenca*. Madrid, A.V. Arquitectura y Urbanismo.
- CANO ALONSO, J. (1985): *La ciudad y su paisaje*. Madrid, Ed. del autor.
- CUADRADO, J.M. (1886): *Guadalajara y Cuenca*. Barcelona, Ed. Facsímil El Albir 1978.
- FEDUCHI, L. (1984): *Itinerarios de arquitectura popular española*. T,5. Barcelona, Ed. Blume.
- FERNÁNDEZ, M^a.C. (1995): «El lugar y la ciudad de Cuenca» en *Ciudad y Mujer*, actas de *Urbanismo y Mujer. Nuevas visiones del espacio público y privado*. Toledo, pp. 365-370.
- GARCÍA MARCHANTE, J.S. (2001): «El territorio de la ciudad de Cuenca» en *La ciudad de la luz y del aire*. Cuenca, Ed. Ayto. y FEDER, pp. 15-49.
- GARCÍA, J.S. y FERNÁNDEZ, M^a.C. (1999): *La Ciudad Encantada*. León, Ediciones Lancia.
- IBÁÑEZ MARTÍNEZ, P.M. (1997): *Por tierras de Cuenca*. León, Ediciones Lancia.
- IBÁÑEZ MARTÍNEZ, P.M. (2003): *La vista de Cuenca desde el oeste (1565) de van der Wingaerde*. Cuenca, Servicio de Publicaciones de la Diputación de Cuenca.
- JIMÉNEZ MONTESERÍN, M. (1984): *Asomarse al pasado. La ciudad de Cuenca en 1773*. Cuenca, Ediciones del Ayuntamiento de Cuenca.
- MELÉNDEZ HEVIA, F. (1973): *Estudio geológico de la Serranía de Cuenca en relación a sus posibilidades petrolíferas*. Madrid, Universidad Complutense. Publicaciones de la Facultad de Ciencias, serie A- nº 153-154, sección de Geológicas. Tesis doctoral, 2 tomos.
- PEYRON, J.F. (1782): *Nouveau voyage en Espagne fait en 1777 et 1782...* París, P. Teophile Barrois, 2 vol.
- PONZ, A. (1988): *Viaje por España, 1773*. Madrid, Ed. Aguilar, Vol. 1.
- PIÑAS AMOR, F. (1995): *Cuenca, hoz del Júcar. Plantas de la ribera izquierda*. Cuenca, Ed. Ayuntamiento y Diputación de Cuenca.

- TERÁN, M. de, (1952): *Geografía de España y Portugal*. Barcelona, Ed. Montaner y Simón, T, I.
- TROITIÑO VINUESA, M.A. (1984): *Evolución y crisis de una vieja ciudad castellana: Cuenca*, Madrid, MOPU y U.C.M.
- VV.AA. (2000): *Solos de otoño en el Júcar*. Cuenca, Ed. Tomebamba.